

Esquirol, J. M. (2024): *La escuela del alma. De la forma de educar a la manera de vivir*. Acantilado, Barcelona, 188 pp.

Aïda Palacios Morales

Universidad de Barcelona 

<https://dx.doi.org/10.5209/refl.101087>

Recibido: 21/12/2024 • Aceptado: 06/04/2025

Josep Maria Esquirol lleva años elaborando una filosofía que ha denominado de la proximidad. En *La resistencia íntima* (2015), nos ponía un plato humeante sobre una mesa que, en *La penúltima bondad* (2018), descubríamos que estaba en las afueras del paraíso. En *Humano, más humano* (2021) acompaña el plato de pan y canto. Ahora, en el que tal vez sea su libro más íntimo, nos desea más casa y más escuela –más amparo y más mundo.

En esta *Escuela del alma*, Esquirol se aproxima un poco más a lo hondo en un texto que se lee grave, claro y cálido. El título no lleva a engaño: la obra no es sólo una aproximación filosófica a la educación; es, ante todo, una propuesta de articulación de sentido que se acerca a la condición de maestras y alumnas que todas compartimos¹. Al fin y al cabo, y como decía Arendt, los seres humanos llegamos al mundo no del todo maduros, sino en proceso de llegar a serlo: cada recién llegado es a la vez “un nuevo ser humano y se está convirtiendo en un ser humano.” (1996, p. 197) En ese devenir, hallamos múltiples oportunidades de acompañar a otras en ese mismo camino.

Para Esquirol, lo educativo se da principalmente como cuidado, madurez y generosidad. Por eso, la escuela del título es la del alma. Por eso, también, cada uno de los nueve capítulos lleva por título una bienaventuranza. En la bondad, en *hacer bien*, en la escuela como en la vida, radica la respuesta. Como aclara en la introducción, así como respondemos a la intemperie con amparo, y por ello habitamos casas, el mundo exige atención y por eso vamos a la escuela. Ahora bien, la escuela a la que refiere no es necesariamente un edificio que huele a tiza. Y no porque este recuerdo sea ya anacrónico –que seguramente lo sea–, sino porque la escuela no requiere tanto de paredes como de una puerta abierta. Escuela deviene metáfora de vínculos, miradas, lógicas otras. Es, primero que nada, umbral a algo que no es lo mismo. Al cruzarlo, se entra en un lugar otro, donde no caben la violencia ni la indiferencia, desde donde resistir al dominio de lo homogéneo y lo actual. La propuesta de Esquirol es insistir en ese umbral, cultivarlo, para que la escuela devenga así *altertopía*.

Esta comprensión de la escuela como altertopía, presentada ya anteriormente (2023), hace que la escuela deje de ser espacio delimitado para ser situación de sosiego, relación y cultivo. La propuesta no es nueva, claro está: Esquirol reconoce que recupera el cuidado del alma clásico con Jan Patočka, Pierre Hadot y Michel Foucault, por mor del cual el sentido de la educación se funde con el sentido de la vida. Aprender es madurar y madurar es articular mejor la respuesta a esos cuatro cortes que, como planteaba en *Humano, más humano*, constituyen la herida infinita: la vida, la muerte, el tú y el mundo. La respuesta es más vida, más sentido, más fraternidad, más mundo. Sin embargo, cuántas escuelas –e institutos y universidades– están instaladas en la competitividad y en la innovación desnortada o son cómplices o ejecutoras de violencias estructurales.

Felices los que van a la escuela: cruzarán el umbral. La escuela deviene así “lugar donde se cultiva el alma mediante la atención a las cosas del mundo.” (p. 20) Lo que hace que una escuela sea escuela es su sentido: el cultivo de ese umbral en el que arraiga tanto su particularidad como su propósito. Si la escuela es altertopía es porque en ella se mantiene la diferencia, porque no se da lo mismo que afuera. Ante el dominio de lo mismo, cultivar el umbral deviene resistencia revolucionaria. Esquirol reitera: cuando afuera reinan la indiferencia, la adaptación, la eficiencia y el mercantilismo, lo educativo debe hacer por no asimilarse. Cultivar

¹ Es decisión de quien escribe esta reseña usar el genérico femenino. Sirva, entre otras cosas, para reflejar la feminización de la educación, muy especialmente en infantil y primaria.

el umbral se traduce en algo muy concreto: habitar la no indiferencia y la no homogeneidad, procurar que lo que es ajeno a la educación no la invada. Luchar para que la escuela sea un lugar otro, afuera del dominio, que no se adapte a lo dado, que no ceda a la competitividad, a la eficacia, a la lógica del progreso. Decía el poeta José Agustín Goytisolo que no servir para nada era ser libre. En sintonía, Esquirol afirma que la escuela no debe servir para nada —no, seguro, en un sentido instrumental. De ahí, la crítica a una universidad que cada vez es menos comunidad y más competencia mercantilista. Y, de ahí, también, la exigencia de otra experiencia del tiempo en lo educativo. La altertopía implica una *altercronía*. Afuera del reinado de la aceleración y la prisa, la escuela quiere tiempo.

Felices los que encuentran buenos maestros; se acordarán de ellos. Tras el umbral de la escuela, hay maestras y maestros. Como las escuelas, no todas las que tienen el título lo son. Y al revés: hay quienes no lo tienen, pero son humildes y cuidadosas y contagian vivacidad y deseo. El mundo se torna más mundo cuando nuestras maestras lo muestran. En la alegría de su compañía, en su reconocimiento y confianza, una aprende que es alguien; que, aunque esté sola, están las otras y que la vida tiene sentido. Cuántas maestras y profesoras, cuántas amigas, madres, vecinas y hermanas han generado a su alrededor escuela.

Felices los que van contra el destino: ya son origen. Dado que la escuela del alma no es un instrumento para nada, no busca el amoldamiento. Cada cual es alguien, no hay que convertir a nadie en nada. En la escuela, la maestra acompaña a cada una en la certeza de sabernos alguien: inicio en el mundo, capaz de respuesta. Tan lejos de la educación bancaria como Paulo Freire, Esquirol subraya que “ayudar a ser origen requiere luchar para la liberación y la emancipación” (p. 61). Y lo hace con la ayuda de Simone Weil y ese precioso primer principio pedagógico que establece que “para educar a alguien (...) es necesario primero educarlo a sus propios ojos” (2014, p. 163). No hay educación en la dominación y la injusticia.

Felices los que prestan atención: entrenan su espíritu para recibir. Esquirol se inscribe en esa tradición de autores atentamente atentos a la atención. En tanto disposición y esfuerzo paciente, la atención es apertura, esperanzada espera ante el misterio del mundo. Para Esquirol, cultivar la atención es abrir un poco más la herida infinita. Se hace manifiesta la juntura entre educación, madurez y vida espiritual, pues gracias a la atención el sentido de lo educativo se funde con el sentido de la filosofía y de la vida misma. Ya en *El respeto o la mirada atenta* (2006), Esquirol pensaba una atención que, para ver bien, necesita de cierta distancia y de tiempo. La atención requiere de cierto reposo —¿vacío, apertura?— delante nuestro —¿dentro nuestro?— para que el mundo se presente.

Como Weil, Esquirol refiere a la escuela como un primer entrenamiento de esa atención, que debiera mantenerse a lo largo de la vida. Al margen del resultado —de las notas de los exámenes, de la nota final del expediente— practicar la atención es cuidar de sí. Lo educativo debe ofrecer el espacio y el tiempo para favorecer la atención. Vale la pena apuntar que no es esta la experiencia mayoritaria del estudiantado —notablemente, tampoco en el grado de filosofía. Si hay, en cambio, ansiedad y presión por un rendimiento académico excelente que, más que acercar al sentido —el educativo, el filosófico y el de la vida misma—, aleja y desorienta.

Si la atención es conciencia del límite y apertura al misterio, no cabe buscar desasosegadamente la respuesta, sino vivir en la pregunta. Para Esquirol, la gracia de la pregunta no es responderla, sino sostenerla. Si se me permite, y como ironizaban los Monty Python, el sentido de la vida ni es ni puede ser el número 42. No hay certeza matemática que valga. Por eso, también, algo no va bien en la universidad cuando estudiantes, docentes e investigadores son —somos— cuantificados. No somos números; al contrario, somos alguien —recibimos un nombre.

El cultivo de la atención no viene solo; trae consigo una responsabilidad. “Despierto más que lleno” (p. 81). Más que poseer conocimientos, estar en vigilia. Dado que ser inicio va de la mano de ser capaz de respuesta, la atención es un llamado a la acción —cuasi acción pasiva, aquella que no puede dejar de hacerse (Weil, 2007, p. 89). La atención articula lo contemplativo y lo poiético, entendido esto último al modo de Esquirol: ese sentido amplio que abarca todo lo que aporta bondad y belleza, que da consistencia al mundo y sentido a la vida.

Felices los que se hacen amigos de trazos, números, palabras o gestos: serán fuente. La formación es un proceso de adquisición de forma, pero el ser humano tiene sentido, no modelo. La formación ha de aspirar a que cada alguien devenga fuente de formas, reflexividad generadora de más mundo y más vida. Generar, dar frutos es sinónimo de madurez.

Felices los que no hacen mal a los demás: hacen ya mucho bien. Ante la violencia del mundo, la escuela es —debe ser— una mancha de paz. No existe escuela si en ella hay violencia, pues el umbral se desvanece. En la escuela debe vivirse la fraternidad, primer ideal revolucionario. De esa prioridad del otro nacen las experiencias de la igualdad y del don que la escuela debe sembrar. Ante la indiferencia y la frialdad, la vigilia y la ternura. Quisiera señalar, más allá de las violencias entre estudiantes en forma de *bullying* o cualquier otra forma de acoso, aquellas aún más graves por venir de quienes deberían garantizar que las escuelas fueran esas manchas de paz. Pienso en la desatención sistemática a las múltiples violencias que pueblan las aulas: de la condena al mal llamado abandono escolar a la segregación, pasando por la (no)acogida que reciben muchas jóvenes migradas.

Felices los que, al cabo de los años, siguen atentos al mundo: verán el camino. Con el pasar de los años, si todo va bien, se alcanza la madurez —otra manera de decir vida espiritual o filosófica. Tal es el horizonte de la educación: dar lugar a una manera de vivir que responde a la herida infinita y que se revela en la insistencia en ciertos hábitos. Esquirol apunta cinco movimientos o reiteraciones de la vida espiritual, sin orden determinado, sin pretensión de exhaustividad ni de absoluta coherencia. Tres responden a la revelación del mundo —la reiteración contemplativa, la médica y la cosmopoiética—; dos, a la revelación de la vida —la reiteración del reposo y la del testimonio.

El mundo, situación fundamental, se presenta siempre y a la vez de tres modos distintos. Por un lado, como belleza y hondura. Una no puede más que admirarse del mundo, de lo que ve como de lo que no ve. Ese asombro, nacido de la atención, es origen de la reiteración contemplativa que, más que procurar ver el fondo, se aproxima a la hondura. Tentativa y humilde, sabe que el misterio seguirá siendo misterio. Así mismo, en el mundo también hay mal y sufrimiento. “El mundo es belleza. Y en el mundo existe el mal. Sin síntesis.” (p. 132) Ni el mal anula la belleza, ni la belleza justifica el mal. Dado el sinsentido, la reiteración médica consiste en no ser indiferente —mirar atrás y a los márgenes—, cuidar y hacer compañía. Además, y porque el mundo no está nunca terminado, existe la reiteración poiética. Hacer mundo en el mundo es procurar más amparo y más ternura —más bondad. Está claro que “un mundo en el que todas las niñas y todos los niños puedan ir a la escuela y volver a casa es infinitamente más mundo que uno donde haya niñas y niños sin escuela y sin casa.” (p. 140)

Felices los que siguen atentos a la vida: verán la manera. Cultivar el alma tiene que ver con aproximarse a los demás y al mundo, en vivir encontrando la manera, reflexivamente. Más que nunca en la vorágine contemporánea de prisa y productividad, hay que descansar. La reiteración del reposo responde al cansancio del esfuerzo de vivir. Reposar, recogerse, sabernos mamíferos. Reposar también los pensamientos, para que puedan devenir hábitos. Y, finalmente, testimoniar la vida. Sentimos que vivimos y lo contamos —lo increíble y excepcional de la vida, el goce y la alegría de vivir—, sabiendo que el misterio queda sin desvelar.

Felices los que vuelven a la escuela: tomarán apuntes en una libreta. El último capítulo recoge una serie de aforismos, algunos especialmente bellos. Fragmentos que insisten en la idea de fondo, constante en el pensamiento de Esquirol aunque puede que más presente en este libro: que ante el misterio de la vida y del mundo, ante aquello que nos toca y nos atraviesa, cualquier intento honesto por comprender será siempre precisamente eso, un intento. “No se puede hablar de la profundidad sin el ‘por decirlo así’ o ‘como si dijéramos’.” (p. 168)

Para terminar, una invitación: que nos quedemos en la escuela del alma y constituyamos la orden filosófica del amor. Que, frente a la frialdad y el dogmatismo, abramos grietas en la totalidad y profundicemos en la herida infinita que somos. Que resistamos.

Referencias bibliográficas

- Arendt, H. (1996): “La crisis de la educación”, en *Entre pasado y futuro. Ocho ejercicios sobre la reflexión política*, Barcelona: Península.
- Esquirol, J. M., (2023): “La altertopía educativa como resistencia política”, en *Las Torres de Lucca. Revista internacional de filosofía política*, 12(2), pp. 211-218. DOI: 10.5209/ldr.88168
- Weil, S. (2014): *La condición obrera*, Madrid: Trotta.
- Weil, S. (2007): *La gravedad y la gracia*, Madrid: Trotta.